

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1.ª ÉPOCA ■ Año 1886.

CONMEMORACIÓN DEL I CENTENARIO DE «ARCHIVO HISPALENSE»



SEVILLA, 1987

SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
bajo la dirección de Antonia Heredia Herrera

EDICION FACSIMIL CONMEMORATIVA
DEL PRIMER CENTENARIO DE «ARCHIVO HISPALENSE»

Dep. Leg. SE - 735 - 1987

I.S.S.N. 0210 - 4067.

Gráficas del Sur. San Eloy, 51. Sevilla.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

TOMO II

AÑO



1886

SEVILLA

En la Oficina de EL ÓRDEN, Águilas 11.

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Adiciones y correcciones de D. Justino Matute y Gaviria al tomo IX del Viaje de España por D. Antonio Pons, anotadas nuevamente por D. José Gestoso y Perez.	5
Continuación, con notas de D. Joaquín Hazañas	192
Continuación, que trata de la Biblioteca del Excmo. Cabildo Catedral y Colombina, con notas de D. José Vazquez y Ruiz.	201
Continuación.	225
Conclusión.	274
Documentos curiosos. Escrito de Gaspar Mexía al Ayuntamiento para que se imprimiera un libro que tenía escrito de las <i>Grandezas de Sevilla</i> .—Siglo XVI.	16
Solicitud de Jorge Díaz, maestro arcabucero y de Vicenta Rodríguez, para que se les pagaran seis arcabuces que tomó por orden del Cabildo el Jurado Rodrigo Juarez, 22 de Enero de 1588.	16
Noticias de espaderos antiguos sevillanos.	121
Diligencias que practicó el Colegio de Santa María de Jesús para que el Ayuntamiento de Sevilla le cediera la Cédula de los Reyes Católicos para establecer una Universidad.	249
Solemnidad con que se confirió el grado de Doctor al Cardenal de Solís, Arzobispo de Sevilla.	256

	PÁGINAS.
Carta de franqueza de dos alemanes impresores.—1491.	297
Otra de merced á Nicolás Caveró para que hiciera un mesón y alhóndiga donde se aposentaran los moros que viniesen á Sevilla.—15 de Marzo de 1491.	298
Carta declaratoria de los límites con que se había de guardar la merced concedida á Nicolás Caveró.—28 de Febrero de 1495.	303
Noticias de la calle Mesón del Moro, por D. F. C. de T.	306
Descripción de un antiguo sepulcro descubierto en Sevilla, cerca del río Guadalquivir, por D. Felipe U. del Castillo.	308 y 362
Carta de franqueza de los sacabuches del Rey.—22 de Junio de 1468.	351
Otra á favor de D. Fernando Pérez, cantor de la Capilla de la Reyna.—28 de Julio de 1479.	355
Carta de la ciudad de Ronda al Ayuntamiento de Sevilla, noticiando la muerte del V. P. Fr. Diego José de Cádiz	359
Noticias referentes al mismo asunto.	361
Historia y sucesión de la Cueva, poema escrito por Juan de la Cueva—Libro II.	17
Continuación.	41
Continuación.	65
Conclusión.	87
Historia de la Academia de letras humanas de Sevilla, desde su establecimiento hasta 10 de Mayo de 1799 por D. Félix José Reinoso, académico y secretario de la misma.	25
Continuación.	49
Continuación.	129
Apéndice con la extinción de la Academia.	142
Conclusión.	152
Catálogo de los trabajos leídos por sus autores en dicha Academia.	162
Individuos que la compusieron	174
Establecimientos de Caridad de Sevilla—D. Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Santa Caridad, por D. Francisco Collantes de Terán.	73
Continuación.	107
Continuación.	124
Continuación (parte 2. ^a)	177

	PÁGINAS.
Conclusión.	244
La Hermandad y Hospital de la Misericordia, por el mismo . .	262
Continuación.	317
Conclusión.	370
Cuadro sinóptico, histórico y cronológico de los Canónigos Peni- tenciarios de la Catedral de Sevilla, por el actual Peniten- ciario Sr. D. Vicente Juan Iborra y García.	97
Carta de Fr. Rafael Rodríguez Mohedano al Sr. D. Juan Nepo- muceno Gonzalez de León.	145
Soneto de D. Jerónimo Pessio de Mendoza	176
Otro del mismo autor.	280
Descripción de la traza y ornato de la Custodia de plata de la Santa Iglesia de Sevilla que publicó en 1587 Juan de Arphe Villafañe	281
Ilustración inédita á dicho opúsculo por D. Juan Agustín Cean Bermudez	332



LA SANTA CARIDAD

PARTE PRIMERA.

I.

PRELIMINAR.

NO fué un recurso poético el que movió al distinguido escritor Mr. Antonio Latour (1) á empezar su libro sobre la vida del venerable D. Miguel de Mañara, mencionando la tradición sevillana, puramente oral y no relacionada en las crónicas, que dió motivo al maestro Tirso de Molina, para bosquejar la figura eminentemente dramática de D. Juan Tenorio, el tipo más popular que ha producido la poesía y que lleva tres siglos de existencia.

Aun cuando no me propongo investigar el origen de esa tradición, nacida tal vez de una verdad histórica, que recargó en sus detalles la imaginación poética de nuestro pueblo, juzgo también conveniente indicar la diferencia

(1) *D. Miguel de Mañara, su vie & Paris 1857, un tomo en octavo mayor.*

que existe entre D. Juan Tenorio y D. Miguel de Mañara, pues reconozco que no solo el vulgo, sino los escritores que desfiguran la historia, cuando conviene á sus propósitos, se han propuesto embrollar lo que no admite duda, presentando al ilustre fundador de la Caridad, cuya existencia fué de todos conocida, en términos de que pueda confundirse con el otro personaje, no mencionado en ningún libro anterior al *Convidado de piedra*; escrito antes del nacimiento de Mañara.

Algún crítico ha creído encontrar la explicación de este enigma, ó sea la causa de confundirlos, en que ofrecen alguna semejanza sus extravíos, y especialmente en la sobriedad con que el primer biógrafo de D. Miguel de Mañara (1), menciona sus aventuras juveniles; pues las narraciones populares y hasta los historiadores aseguran, que D. Miguel vivió licenciosamente. Si quedase duda, bastaba para esclarecerla sus mismas palabras.

«Más de treinta años, dice, dejé el monte de Jesucristo »y serví loco y ciego á Babilonia y sus vicios, bebí el caliz »del deleite....» (2)

Hechas estas indicaciones, empiezo la biografía de Don Miguel, que comprende la historia de la Santa Caridad de Sevilla.

(1) Breve relación de la muerte, vida y virtudes del venerable caballero D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca &: escribiola el P. Juan de Cárdenas de la Compañía de Jesús.—Sevilla por Tomás de Haro 1679.

(2) *Discurso de la Verdad*, escrito después de su conversión, cap. XXII.

II.

QUIEN FUÉ MAÑARA

D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, nació en Sevilla el año de 1626 en la feligresía de San Bartolomé, cuyo hecho recuerda una inscripción colocada en la pared de la capilla bautismal de dicha Iglesia que dice así:



EL INSIGNE VARON
D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA
PRODIGIO DE ARDENTISIMA PIEDAD
RECIBIO AQVI EL AGUA DEL SANTO BAUTISMO
EN TRES DE MARZO DE 1626;
LA HERMANDAD DE LA SANTA CARIDAD
DEDICA ESTA MEMORIA A SU VENERABLE FUNDADOR.
SEVILLA 1862.

No está averiguado en qué ocupó los primeros años de su vida, ni cuáles fueron sus estudios, pero se asegura que sabía latín, y á juzgar por sus escritos, recibió educación literaria. Desde su juventud ingresó en la nobilísima orden de Calatrava, y más tarde ejerció el cargo de provincial de la Santa Hermandad, vinculado en su fami-

lia (1). En cuanto á sus aventuras, la tradición se ha mostrado muy pródiga en conservar los detalles de su vida, mientras que los historiadores, prolijos en enumerar sus virtudes, guardan silencio sobre este punto, como si temiesen oscurecer la gloria de su conversión, que inspiró sin duda la divina misericordia. Sin embargo, su edad juvenil y borrascosa está descrita por el caballero *Mañara* en su testamento. «*Serví, dice, á Babilonia y al demonio su príncipe con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número y sólo la gran sabiduría de Dios puede numerarlos y su infinita misericordia perdonarlos*».

Esta confesión es terminante, y no puede ser desechada por la crítica, lo que sin duda movió á Mr. Lattour á reunir en su estudio biográfico, los hechos que la tradición popular admite como causa de su conversión,

(1) La institución de la Hermandad, creada contra los ladrones, malhechores y escandalosos, tuvo origen en Sevilla á principios del año de 1477, en que vino para establecerla Pedro de Algaba de la servidumbre de los Reyes Católicos, trayendo las leyes votadas en las Cortes de Madrigal en que se reglamentaron sus atribuciones. Como era opuesto el Duque de Medina Sidonia á su planteamiento, se esperó á que estuviera ausente para cumplir las órdenes Reales, aceptadas ya por el Clero; pero cuando el Duque regresó á Sevilla, quiso quitar la vida á los que habían intervenido en este asunto, los cuales se refugiaron en el convento de San Pablo, permaneciendo encerrados hasta que se aplacó la ira del soberbio magnate.

El Provincial de la Hermandad era Juez ejecutor y además del ejercicio de la jurisdicción, acaudillaba las tropas que la misma sostenía. Este cargo, de grande importancia, según dice Argote de Molina, lo usó primeramente D. Enrique Henriquez, Conde de Niebla, tío del Rey D. Fernando el Católico, y lo siguieron desempeñando personas de la mayor distinción, hasta que pasó por venta á la casa de Tomás de Mañara, descendiente de una ilustre familia de la isla de Córcega. Vinculado en un mayorazgo, lo usó D. Juan de Mañara Vicentelo de Leca, caballero de la Orden de Santiago y D. Juan Gutierrez Tello de Medina, su cuñado, sucediéndole *Don Miguel de Mañara*, quien á su vez lo renunció en D. Juan Tello de Medina y Guzmán, hijo de su hermana D.^a Isabel de Mañara que poseía la casa de los Medinas, de la parroquia de San Andrés, donde recibieron hospedaje las madres beatas Marta de Jesús y Beatriz de la Concepción, fundadoras del hospital del Pozo Santo. (Argote de Molina, Ortíz de Zúñiga y otros).

alguno de ellos relatado por el Padre Cárdenas, por Arana de Varflora y D. Felix Gonzalez de León. Éste asegura que fueron referidos por el mismo Mañara, y hasta la hermandad de la Santa Caridad, conservando en su sala de Cabildos un cuadro que se refiere á uno de ellos, parece que lo admite como cosa cierta (1).

Voy, pues, á reproducirlos en nota, extractada del libro de Latour y de los demás autores, no obstante que en la *Noticia histórica de la Santa Caridad de Sevilla*, escrita por D. Francisco de Borja Palomo (2), que más tarde fué su hermano mayor, se asegura que *por haber pasado el primer tercio de su vida entregado á las pasiones y devaneos de la juventud.... esa creencia ha dado lugar á que se refieran por el vulgo varios hechos escandalosos que se le atribuyen, y otros sobrenaturales acerca de su conversión, sin que ningunos merezcan crédito á los ojos de la sana crítica, por carecer de sólido fundamento.*

Los hechos sobre naturales que se consideran como causa de la conversión de D. Miguel de Mañara, no pueden ser desechados por la crítica, porque como dice Pi y Margall (3), *que un muerto recobre la vida no es inverosímil bajo el dogma Católico, pues Dios puede hacer de un muerto como de un vivo el instrumento de sus venganzas, ó por mejor decir, de sus altos fines* (4).

(1) Debo á mi particular amigo D. Manuel Noriega y Vazquez una curiosa observación. Este cuadro fué pintado por Valdés Leal, contemporáneo y amigo de D. Miguel de Mañara.

(2) Folleto en 4.º con 8 hojas impreso en Sevilla en la oficina de D. F. Alvarez y Comp.^a 1857, pág. 5.

(3) Colección de libros Españoles raros y curiosos, Comedia de Tirso de Molina. *Para largo lo fais*. Prólogo de D. Francisco Pi y Margall, pág. XXVIII.

(4) Encontró D. Miguel de Mañara á una mujer de aspecto agradable, á quien empezó á prodigar las palabras más cariñosas. Ella, sorda á sus alhagos, no le contesta y sigue tenazmente su camino, entrando en la catedral, como para sustraerse al importuno seguimiento del galanteador

Tal es la narración que se encuentra en los libros, con algunas variantes, pero sin mudar las circunstancias de los hechos. Mañara fué avisado de un modo sobre natural, para que abandonara su mala vida, y siempre revisten aquellas advertencias el mismo caracter, ó sea el anuncio de la muerte.

Pero estos ensueños de la mente ofuscada por el remordimiento, demuestran que el libertino caballero no

atrevido. No era hombre Mañara para cejar en sus intentos amorosos, y penetró en pos de ella, pretendiendo parar sus pasos, que la tapada apresuraba con ligereza. «*Maldita criatura*, esclama en tono airado—¿*no te has de volver jamás?*» Entonces se para y se descubre, presentando aquel cuerpo elegante, cuyo aspecto le enamoraba, la faz de un esqueleto.

Una noche iba Mañara buscando aventuras, según acostumbraba, y al cruzar una calle estrecha y solitaria, vió en un balcón á una bella joven lujosamente ataviada que le hacía señas. «*Hermosa: ¿quién abre la puerta para que llegue hasta tí?*»,—dijo él; y la contestación fué arrojarle una escala que, sujeta fuertemente, tocaba en el suelo. Ebrio de gozo Don Miguel, subió rápidamente al balcón; pero la joven había desaparecido, presentándose á su vista una estancia colgada de negro, y en el centro un esqueleto tendido, que iluminaban cuatro cirios.

Pasaba otra noche por una calleja del barrio de Santa Cruz, llamada del *Ataud*, cuando sintió un golpe violento en la cabeza, que, privándole del sentido, le hizo caer en tierra. Vuelto en sí, y aún ántes de levantarse, empuñó su espada; pero oyó una voz misteriosa que decía: «*Traigan el ataud, que ya está muerto*». Al ponerse de pié no vió á su agresor ni al que había pronunciado aquellas palabras; pero espantado y confuso volvió atrás desistiendo de su empeño.

Vagaba otra vez por las calles de Sevilla, cuando una niebla misteriosa le impidió seguir su camino y hasta conocer el sitio en que se encontraba. Entonces, vencido su espíritu, ó abrumado por el remordimiento, se abrazó á su espada, cuya empuñadura tenía la forma de una cruz, invocando el auxilio del Cielo. En el mismo instante un lúgubre resplandor rompió el denso velo de tinieblas que ofuscaba su vista, y haciéndose cada vez más perceptible, vió acercarse lentamente una doble fila de luces, en que reconoció el acompañamiento de un entierro. Atónito interroga á uno de los clérigos.—«*¿A quién llevais á enterrar?*»—«*Á Miguel de Mañara*».—Y repitió la pregunta una y otra vez obteniendo igual respuesta. Su caracter altivo exigía el último esfuerzo: siguió el entierro hasta la parroquia de Santiago, y al penetrar en ella, observó que estaba iluminada por numerosos cirios, y que los clérigos permanecían en silencio. Lleno de emoción, pregunta al que tiene más próximo.—«*¿A quién estais enterrando?*»—«*Á Miguel de Mañara*»,—contestó el sacerdote. Repetida muchas veces la pregunta, siempre obtuvo lo misma respuesta.—«*Á Miguel de Mañara*».—

había olvidado las nociones del bien y del mal, y que creía en la segunda vida.

D. Miguel de Mañara, cuando volvió á su casa, había entrevisto el camino del cielo, pero aún no era llegada la ocasión de pisarlo con segura planta.

III.

CASAMIENTO DE DON MIGUEL.

MUERTE DE SU ESPOSA

Cualquiera fuesen las causas de su conversión, su nombre dejó de figurar en la crónica escandalosa de la ciudad, y la paz y el reposo volvieron á su casa, lo que manifestaba la sinceridad de su arrepentimiento.

Pareciéndole conveniente tomar estado, contrajo matrimonio con D.^a Jerónima Carrillo de Mendoza, hija única de D. Diego; señor de Guelayo y Fonelas, caballero de la Orden de Santiago; y de D.^a Ana Carrillo, señora de

«*Á Miguel de Mañara*».—«*Á Miguel de Mañara*».—Siente entonces algo pavoroso que embargaba su espíritu, pero se revela contra el miedo, y deliberante, se arroja sobre el catafalco; separa el paño mortuario, abre la caja, y se convence de que no le habían engañado. En el cadáver se ha reconocido así mismo, y cae desplomado sobre el pavimento.—Al siguiente día, los ministros de la Parroquia quedaron sorprendidos al encontrar desmayado en aquel sitio á D. Miguel de Mañara, á quien todos conocían.

Otro historiador, que lo fué un monje Basiliano de la Provincia de Andalucía, dice: *Muchos y repetidos fueron estos llamamientos, ya librándolo de evidentes riesgos y ya horrorizándolo con algunas visiones &c.*

Impreso en Sevilla en 1768.

Montejaque y Benaiojan (1); pero es lo cierto, que áun después de casado, *le llamaban mucho la atención los negocios temporales, y que alguna vez se dejó arrastrar por los ímpetus de la soberbia, pero nunca por actos que pudieran recordar los pasados días á que había renunciado completamente.*

Los héroes de la religión parece que están sujetos á duras pruebas con que la providencia divina los purifica, antes de que cumplan su glorioso destino. Así fué, que cuando Mañara, preparado por la práctica de las virtudes domésticas, había adquirido los hábitos de una vida dulce y tranquila, mucho más agradable que sus extravíos; un acontecimiento natural, pero inesperado, le privó de ella, destrozando su corazón siempre impetuoso. La idolatrada esposa, con quien vivía en la unión más íntima, y cuyas excelentes cualidades y hermosura le enamoraban, vióse acometida por una enfermedad que concluyó su existencia, hallándose en la villa de Montejaque, á media legua de Ronda.

Larga y penosa fué su agonía, que Mañara presencié, bebiendo aquel caliz de amargura, y *entonces se verificó la completa conversión del pecador arrepentido*, que vió la rapidéz con que concluye la felicidad y la vida humana.

El recuerdo de su dulce compañera moribunda y de

(1) El casamiento de D. Miguel de Mañara fué solemnizado con un curioso poema que debo á la amabilidad de mi consocio D. José Vazquez y Ruiz.—Se titula—*Blanco lilio | Azucena nupcial | que consagra | á Don Miguel de Mañara | Leca y Colona | Caballero del Orden de Calatrava | en las | bodas con mi Señora | D.^a Gerónima de Mendoza—El L. B. R. D. M—Ilustrado | Por El L. D. S. D. M. O. | Contiene XIII estaciones con su ilustración ad Titulum—y corresponde al culteranismo de los secuaces de Góngora.*

Fué impreso en Granada, por Francisco Sanchez y Baltasar de Bolibar, á la portería de las Monjas Calçadas de Nuestra Señora del Cármén.
—Año de 1648.

sus dolores, inspiraron más tarde los rasgos enérgicos que contienen sus escritos, y muy especialmente el *Discurso de la Verdad*, donde se manifiesta el verdadero espíritu cristiano en el más alto y sublime grado.

Se retiró á un lugar solitario cerca de Montejaque, llamado el desierto de las Nieves, donde los Carmelitas descalzos tenían un convento (1), y pensó encerrarse en el claustro, porque su dolor era inmenso y arrebatado; pero como no estaba allí su destino, muy pronto abandonó aquellos ásperos desiertos para volver á Sevilla. Hizo confesión general, y preparado en piadosos ejercicios, adquirió la tranquilidad necesaria para sobrellevar sus penas, comprendiendo que no cuadran bien á los que siguen el camino de la perfección los arranques violentos, sino la conformidad para sufrir las miserias y las penas de la vida.

El P. Juan de Cárdenas, afirma, que á su regreso, y encerrado en su casa, llevaba una existencia propia de la religión más recoleta, esquivando el trato y la vanidad del mundo.

IV.

SU ENTRADA EN LA SANTA CARIDAD

En la margen izquierda del Guadalquivir, y precisamente en el sitio que ocuparon las antiguas Atarazanas, edificadas cuatro años después de la conquista de Sevilla, ó sea en el de 1252, por orden del Rey D. Alonso el Sabio,

(1) Que había sustituido á la ermita edificada por Pedro Pecador y sus demás compañeros.

para la construcción de bageles y custodia de pertrechos navales; se fundó á fines del siglo XV por el Racionero Pedro Martinez de la Caridad (1), una cofradía con capilla propia, que en un principio se llamó de *San Nicolás*, pero que después tomó por patrón á San Jorge.

Su objeto era recoger los cadáveres que arrojaban las corrientes del río para darles sepultura, y ejercer la misma obra de misericordia con los reos condenados á la última pena (2).

D. Miguel de Mañara, rehusando del trato de sus déudos y amigos, salía de su casa únicamente para visitar las iglesias, y alguna vez dirigía sus paseos por los sitios más retirados. En una de estas ocasiones, encontró en la puerta de la ermita de San Jorge al caballero D. Diego de Mirafuentes, que entónces ejercía el cargo de hermano mayor de la cofradía.

Como los unía antigua y buena amistad, se detuvo á saludarlo y después recayó la conversión sobre la Hermandad, despertando en Mañara deseos de inscribirse en ella para practicar las obras de misericordia, *uniendo la vida activa seglar á la contemplativa*.

Nada más grato para D. Diego de Mirafuentes que la conquista de nuevos cofrades, y así fué, que acogió con

(1) Los historiadores se ocupan del ilustre Racionero Martinez de la Caridad, que contribuyó eficazmente á que se estableciera la horca en un sitio de Tablada, llamado de Buenavista, no lejos de la ermita de San Sebastián, cercándolo de tapias para evitar que los restos humanos, fueran pasto de los animales. Era costumbre dejar colgados los cadáveres hasta el Domingo siguiente á la Commemoración de los difuntos, en que se sepultaban en una capilla que había en el compás de San Miguel de la Catedral, para lo que el mencionado Racionero fundó una dotación. Asistían á estos entierros la clerecía del Sagrario y la hermandad de sacerdotes de San Bernardo.

(2) Esta advocación de San Nicolás, la ponen algunos autores, pero en el libro primero de actas, que se conserva en el archivo de la Hermandad, y da principio en 21 de Febrero de 1588, dice *en el Hospital que solía ser de San Isidro, que agora es la Capilla de la Santa Caridad*.

verdadero entusiasmo la petición de su amigo, considerándolo como uno de los que podían dar mayor impulso al instituto.

Pronto quedaron convenidos, y el hermano mayor ofreció hacer la presentación en la primera junta: pero con gran sorpresa encontró tenáz resistencia en la Hermandad, que casi unánimemente, negó la admisión de D. Miguel de Mañara.

La repulsa de los hermanos, en su mayor parte pobres, que en otro tiempo hubiera mortificado el amor propio de Mañara, se manifestó repetidas veces; pero al fin fué vencida á ruegos de Mirafuentes y quedó recibido aquel mismo año.

Con sencillez y naturalidad explica el P. Cárdenas los primeros actos de D. Miguel una vez admitido. Hé aquí sus palabras: *«Recibido en la Caridad, á los pocos días le echaron la demanda de la limosna de los entierros acompañando los cuerpos muertos, para que la fuera pidiendo por las calles de la ciudad. Al principio sintió grandísima repugnancia en este ejercicio; poniéndosele su puesto, su reputación y el qué dirán. Un color se le iba y otro se le venía. Peleando consigo mismo, quería levantar la voz, pero Mañara se venció así mismo, y pidió limosna humildemente, sintiendo un gran consuelo en lo que al principio le había causado repugnancia».*

Algo notable debió pasar en aquellos primeros meses, pues al verificarse las elecciones del año siguiente, los que más reacios se manifestaron en admitirlo, propusieron su nombre para el cargo de hermano mayor, que obtuvo casi por unanimidad. Contaba entonces treinta y seis años (1).

(1) La forma de hacer la elección es á propuesta de la Junta de gobierno que exigía la reelección de Mirafuentes; pero el Cabildo la rechazó pidiendo se hiciera nuevo escrutinio, presentando á D. Miguel de Mañara.

V.

REFORMA DE LA HERMANDAD

Aquí empieza la nueva y fecunda vida de D. Miguel de Mañara, que ha oscurecido con su brillo refulgente los errores de otros días, mereciendo que el mismo pueblo, á quien escandalizó su soberbia, pronunciara su nombre con veneración y orgullo.

Apenas tomó posesión del cargo, conmovido por el espectáculo de los humanos sufrimientos, concibió la idea de fundar un asilo para los enfermos incurables, que no eran admitidos en los demás hospitales (1). También se propuso regularizar la conducción de los pobres á dichos establecimientos, de una manera que no se ha variado desde entonces y que puede señalarse como el servicio que con más exactitud se presta en Sevilla. Quiso así mismo, ampliar la institución de la Hermandad al socorro de los necesitados en épocas calamitosas, y especialmente en las riadas del Guadalquivir, que causaban en la población daños considerables.

(1) Ved como fué concebida la idea y cuál fué la causa que dió á conocer la necesidad de la enfermería. Los pobres peregrinos eran con frecuencia atacados de enfermedades, para las cuales se cerraban desapiadadamente los hospitales ordinarios. Tales eran, por ejemplo, las enfermedades contagiosas, y en aquella época la tisis estaba comprendida en este número. No es posible formarse una idea del terror que cualquier contagio real ó imaginario inspira aún en Andalucía ¡Cuánto más debía suceder hace dos siglos! (Latour).

Para realizar estos pensamientos, consultó al Cabildo, según relata en las memorias que dejó escritas, de que copiaré algunos párrafos, advirtiéndole que habla de sí en la tercera persona, y que se oculta siempre bajo el título del Hermano mayor (1).

«Habiendo el Hermano mayor, en el mes que le tocó
»de enterrar á los pobres, hallado un pobre difunto debajo
»de un cobertizo, el cual estaba rebozado en su capa, y
»según juzgó, del poco abrigo y agua y yelo de la noche
»había muerto; compadecido de que por esta falta de recogimiento y de abrigo muriesen los pobres de aquella
»manera, determinó con la ayuda de Dios, el remediar tan
»extrema necesidad. Para cuyo fin se fué al Hospital de las
»Tablas, que cuidan los Padres de San Juan de Dios, á
»donde los pobres tuviesen lumbre y se calentasen; y por
»ser este Hospital de techos de madera muy bajos y el
»sitio corto, no se halló aquí comodidad. Pero Dios nuestro Señor, cuya Providencia no falta á los pollitos de los
»cuervos desamparados, proveyó de un almacén de bóveda
»junto á la Iglesia de la Santa Caridad, que aunque pequeño y muy mal tratado, se podía lograr el intento que se
»pretendía. Viéndose ya con este pequeño sitio, pero sin
»medios ningunos para solarlo, y hacer fogones, comprar
»tarimas y esteras, por ser la pobreza de la casa tanta, que
»no se tenía con qué hacer esto, ni poder darles una hogaza de pan; propuesta esta obra á toda la Hermandad, que
»se había juntado para este fin, los Hermanos de mayor
»consecuencia, así de talento como de letras y virtud, se
»rieron de la proposición, por el poco fundamento que
»tenía el añadir una obra que había de pesar ella sola, así
»de asistencia, como de costa más que todas las demás obliga-

(1) Aún cuando han sido reproducidas por sus biógrafos, lo hago también por que dan exacta idea de los pensamientos del V. Mañara.

»ciones de la Hermandad (que entónces eran, enterrar los
»pobres desamparados, asistir y acompañar hasta la sepul-
»tura á los ajusticiados y llevar en sillas de mano á los
»enfermos á los Hospitales), pues no habiendo para estas
»obligaciones, como queríamos añadir otra, que (como se
»ha dicho) pesaba mas que todas y que no serviría de otra
»cosa mas, de que ni éstas se prosiguiesen, y las otras se
»acabasen, y era veleidad empezar una cosa para que ma-
»ñana se acabase. Verdaderamente eran razones humanas,
»y prudentes; pero como las obras de Dios no dependen de
»medios humanos, cuando su divina Magestad es servido,
»los aparta intotum, para que su omnipotencia obre abso-
»lutamente; como lo hizo en Egipto y con Gedeon, David
»y los Apóstoles, cuya ignorancia venció á toda la sabi-
»duría del mundo, y su flaqueza á toda la potencia de los
»imperios. Aquí fué lo mismo, porque contra tan congruen-
»tes razones como dieron doctos y sabios de nuestra Her-
»mandad, venció la simplicidad del Hermano mayor y de
»otros tales como él que lo siguieron en sus votos, hombres
»de poco discurso, pero de buena voluntad. Conque ha-
»biéndolo aprobado la Hermandad por mayor parte de
»votos, se tomó el almacén; y buscando limosnas, se com-
»praron tarimas, esteras, mantas y leña. Por este tiempo
»iban creciendo los pobres del Hospicio en grande ma-
»nera, pues hubo Noche-buena de dar de cenar á más de
»quinientos pobres».

Se continuará.
